

## Subdesarrollo y cultura: una historia conceptual de la izquierda cultural latinoamericana en los años sesenta

### Underdevelopment and Culture: A Conceptual History of the Latin American Cultural Left During the 60s

Matías Marambio de la Fuente\*

**Resumen:** El artículo tiene como objetivo analizar las trayectorias conceptuales del cruce entre subdesarrollo y cultura en medios culturales de izquierda en la América Latina durante los años sesenta. Para tales efectos, se realiza una lectura de dos espacios de discusión representativos de la intelectualidad de izquierda del período: el circuito editorial vinculado a revista *Casa de las Américas* y el Congreso Cultural de La Habana (1968). El artículo postula que los productores culturales latinoamericanos crean una inflexión específica del concepto de subdesarrollo que identifica correlaciones entre infraestructura económica e infraestructura cultural, pero que mantiene importantes ambigüedades respecto de los contenidos semánticos del concepto desarrollados en el campo de las ciencias sociales del período.

**Palabras clave:** historia intelectual, campo cultural, izquierda latinoamericana, ciencias sociales.

**Abstract:** The essay seeks to analyse the conceptual trajectories of the intersection between underdevelopment and culture in the cultural media of the Left in Latin America during the 1960s. To that end, it proposes a reading of two spaces of discussion that are representative of Left-wing intellectuals during the period: the editorial circuit linked to the Cuban journal *Casa de las Américas* and the Cultural Congress of Havana (1968). The paper holds that Latin American cultural producers are able to generate a specific inflection in the concept of underdevelopment that identifies correlations between an economic and a cultural infrastructure, while at the same time practising a strong ambiguity in the semantic contents of the concept as it was used in the field of social sciences at the time.

**Keywords:** intellectual history, cultural field, Latin American Left, social sciences.

Recibido: 9 de marzo 2020 Aceptado: 17 mayo 2020

---

\* Chileno. Doctor en Estudios Latinoamericanos (Universidad de Chile), docente colaborador del Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado. El presente artículo está basado en mi tesis doctoral “Comunidad en la polémica. El debate dentro de la izquierda cultural latinoamericana en los años sesenta: prácticas, conceptos y retóricas”. La investigación tuvo el financiamiento del programa de Becas Nacionales de Doctorado de CONICYT y el proyecto FONDECYT N°1180230 (a cargo de Horst Nitschack). Correo electrónico: [matias.marambioldf@gmail.com](mailto:matias.marambioldf@gmail.com).

## Introducción

En su número 81, correspondiente al bimestre noviembre-diciembre de 1973, la revista *Casa de las Américas* publicaba la traducción al castellano del que se ha convertido en uno de los ensayos más emblemáticos de la crítica cultural brasileña. Se trata de “Dependencia nacional, desplazamiento de ideologías, literatura: Sobre la cultura brasileña del siglo XIX”, de Roberto Schwarz, mejor conocido por el título que portó en ediciones posteriores: “Las ideas fuera de lugar”<sup>1</sup>. En un momento que se encontraba signado políticamente por la crisis de la apuesta socialista –tras el golpe contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile–, la revista insignia de la política cultural cubana hacia América Latina insiste en editar un texto nacido de la intersección entre análisis literario y crítica económico-política.

El dato de la publicación del texto de Schwarz ilumina un punto de una trayectoria más larga, que es el centro de este ensayo: la articulación conceptual de un campo discursivo que vinculaba el subdesarrollo, la dependencia y la producción cultural en el seno de la intelectualidad de izquierda en América Latina. Mi interés reside en explorar algunas de las estrategias utilizadas durante los años sesenta para dotar de un contenido cultural al concepto de subdesarrollo; estrategias que tomaron en cuenta los cambios semánticos que la noción estaba experimentando en el mundo de las ciencias sociales pero que no se limitaron a ellos. Propongo que esta operación se realiza merced a la existencia de escenas intelectuales en común, tanto en el ámbito editorial como en encuentros presenciales que reunieron a pensadores con afinidades políticas radicales. Para estos efectos, analizaré dos tipos de material: a) textos publicados por la revista *Casa de las Américas* y sus espacios de afinidad en el continente (como la editorial Siglo XXI o el semanario *Marcha*); b) documentación del Congreso Cultural de La Habana, evento político-cultural realizado en 1968. Mi hipótesis de lectura es que el trabajo realizado por estos medios intelectuales materializó una interpretación bastante libre y flexible del concepto de subdesarrollo que operó mediante una correlación entre la infraestructura social y la infraestructura cultural, cuestión que evidencia una ampliación de sus capacidades semánticas.

Estos cambios en el plano de la actividad intelectual involucraron a un elenco amplio de pensadores de distintas afiliaciones disciplinares (cientistas sociales, economistas, críticos literarios y de arte, periodistas, filósofos, editores, dirigentes políticos, creadores artísticos) y de disímiles corrientes políticas (nacional-populistas, comunistas de línea soviética, defensores de la liberación nacional por la vía armada, socialistas democráticos, trotskistas, cristianos por el socialismo). He designado a este conjunto heterogéneo como *izquierda cultural*, rótulo que agrupa a los sectores de la sociedad dedicados a la producción simbólica de manera más o menos especializada y que, al mismo tiempo, tienen una praxis política orientada hacia la transformación social radical.

Sugiero que tal praxis puede darse bajo la forma de una militancia en organizaciones partidarias o como expresión del quehacer especializado en el plano de la cultura. Ahora bien, ambas posibilidades señalan los grados de inserción y formalización de la actividad política, por lo que no se trata de alternativas necesariamente excluyentes<sup>2</sup>. La afiliación a un partido no equivale a la aceptación de sus

<sup>1</sup> Roberto Schwarz, “Dependencia nacional, desplazamiento de ideologías, literatura: Sobre la cultura brasileña del siglo XIX”, *Casa de las Américas* 81, noviembre-diciembre 1973, 118-125. La versión portuguesa es “As ideias fora do lugar”, *Estudos Cebrap* 3, 1973, 151-161 y la primera edición corresponde a “Dépendance nationale, déplacement d'idéologies, littérature: sur la culture brésilienne au XIXème siècle”, *L'Homme et la société* 26, octubre-noviembre-diciembre 1972, 99-110. A pesar de su aparición primera en francés (fuente para la versión de *Casa de las Américas*), el texto de Schwarz fue redactado originalmente en portugués como parte de su estudio de la obra de Machado de Assis. A partir de 1977 fue incluido como introducción a la edición brasileña de *Ao vencedor as batatas*.

<sup>2</sup> Sigo aquí algunas nociones elaboradas por Raymond Williams al distinguir entre instituciones y formaciones en el proceso cultural como distintos tipos de organización de una actividad que se encuentra inserta en una totalidad de condiciones materiales.

líneas doctrinarias –noción que presupone la existencia de algo así como *una* línea–, como tampoco a la aplicación de la doctrina al trabajo cultural. Esto es, no podemos reducir las trayectorias o posiciones políticas de un actor a la inscripción en una determinada estructura, toda vez que en la realidad concreta los sujetos participan de múltiples –y, en ocasiones, contradictorios– espacios de inserción social. Incluso en el caso de las militancias vinculadas a partidos comunistas –conocidos por sus prácticas de disciplina interna y su interés en la ortodoxia doctrinaria– existen ejemplos que tensionan la tesis de un calce perfecto entre ideología, práctica política y práctica cultural<sup>3</sup>.

El enfoque que desplegaré en mi análisis del quehacer de la izquierda cultural es un cruce entre las perspectivas de la historia conceptual y la historia social de los intelectuales. Dado que la izquierda cultural es una colectividad cuya razón de ser se agrupa en torno a la producción simbólica, se trata de un grupo especialmente preocupado por la creación y modificación de conceptos. En ese sentido, la finalidad de la historia conceptual es “la interpretación sincrónica y, ante todo, diacrónica de signos lingüísticos particularmente acentuados que [...] abren estructuras de experiencia y contextos de acontecimientos”<sup>4</sup>. En tal sentido, en palabras de Reinhart Koselleck: “Un concepto agrupa la multiplicidad de la experiencia histórica y una suma de nexos teóricos y prácticos en un contexto que, como tal, sólo está dado y se vuelve realmente experimentable por medio del concepto”<sup>5</sup>. Podemos observar, entonces, que los conceptos articulan lingüísticamente las realidades sociales en las que emergen, y devienen, entonces, elementos capaces de modificar sus entornos. En consecuencia, un concepto “no es sólo indicador de los contextos que engloba, también es un factor suyo. Con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría concebible”<sup>6</sup>.

Visto desde esta perspectiva, el concepto de subdesarrollo aparece como algo más que un término técnico o una palabra que se usa de manera casual en el debate político: concentra una realidad social y cumple un rol en su transformación. Para el caso que me interesa, el trabajo de la izquierda cultural durante los años sesenta es la disputa por los contenidos semánticos de un conjunto de conceptos fundamentales en los procesos políticos de la época: revolución, liberación, imperialismo, dependencia, socialismo, entre otros. De esta manera, los intelectuales contribuyen a la creación de una esfera pública de las izquierdas del continente, lugar en el cual se crean, reproducen y circulan los conceptos. Se trata de un espacio virtual y presencial que cruza las fronteras del continente y que se compone de iniciativas editoriales y de encuentros cara a cara que constituyen vínculos políticos y mundos en común. La existencia de una esfera pública de izquierda no es, con mucho, un logro exclusivo de la década de los sesenta (el eje del presente ensayo), sino el producto de un proceso mucho más largo<sup>7</sup>.

---

de posibilidad, cuya existencia tiene un carácter más bien continuo. Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, 158-165; *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1994, 31-79; “The Bloomsbury Fraction”, *Culture and Materialism. Selected Essays*, London/New York, Verso, 2005, 148-169.

<sup>3</sup> Para el caso de Argentina, ver Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

<sup>4</sup> Hans Erich Bödeker, “*Begriffsgeschichte* as the History of Theory. The History of Theory as *Begriffsgeschichte*?”, Javier Fernández Sebastián (ed.), *Political Concepts and Time. New Approaches to Conceptual History*, Santander, Cantabria University Press/McGraw Hill, 2011, 24. Las traducciones del inglés son mías a lo largo de este artículo.

<sup>5</sup> Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia social”, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, 117. Traducción modificada para mayor fluidez gramatical.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 118.

<sup>7</sup> Ver Olga Ulianova (ed.), *Redes políticas y militancia: la historia política está de vuelta*, Santiago, Ariadna Ediciones/USACH, 2009. Sobre las redes y solidaridades políticas de la izquierda de los sesenta, Aldo Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los años sesenta a la caída del Muro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, ver especialmente los capítulos 1-3.

Organizaré mi análisis en dos momentos. En primer lugar, describiré brevemente la trayectoria del subdesarrollo como concepto político y social emergido en el seno de las transformaciones sociales de la primera mitad del siglo XX, incluyendo la institucionalización de las ciencias sociales y el despliegue de las políticas nacional-desarrollistas, al igual que el desarrollo de enfoques críticos, como las teorías de la dependencia y el colonialismo interno. En el segundo apartado me concentraré en las aproximaciones que el mundo de la cultura hace a la problemática del subdesarrollo, identificando sus abordajes desde distintas veredas y destacando tres: a) la comprensión de la cultura como parte de una infraestructura subdesarrollada; b) el rol de los intelectuales en los países subdesarrollados; c) las expresiones culturales de la dependencia.

## El subdesarrollo en el pensamiento político-social latinoamericano

Cualquier historia del concepto de subdesarrollo en América Latina debe iniciar situándolo como parte de dos trayectorias que se encuentran conectadas, pero que podemos distinguir para efectos analíticos. La primera –y más evidente– es la del concepto de desarrollo, que funciona como contraparte, vara de medida y condición de posibilidad para el concepto de subdesarrollo<sup>8</sup>. La segunda es el debate sobre el progreso y el atraso en América Latina, preocupación constitutiva de la formación de los Estados nacionales a lo largo del siglo XIX y conectada tanto con el par conceptual civilización/barbarie como con los debates ilustrados del siglo XVIII<sup>9</sup>. El vínculo de ambas trayectorias queda evidenciado en el hecho de que, en su uso empírico por actores políticos o especialistas de las ciencias sociales, desarrollo y subdesarrollo fueron siempre mucho más que términos técnicos. Por el contrario, observamos en ellos una carga normativa que excede la mera descripción de estados de cosas y, en cambio, impregna la realidad de un orden de valores y de un proyecto histórico determinado.

La historia conceptual del subdesarrollo experimenta un punto de inflexión en la coyuntura posterior a la II Guerra Mundial. En términos globales, es el momento en el que un conjunto de instituciones nacidas del seno del sistema de las Naciones Unidas promueve una agenda de políticas públicas desde los países industrializados hacia los países de la periferia<sup>10</sup>. A nivel latinoamericano, en la década de los cuarenta e inicios de los cincuenta se producen un conjunto de cambios en el campo de las ciencias sociales, que tocan tanto a su institucionalidad (fundación de organismos internacionales) como a su quehacer disciplinario (profesionalización universitaria, giros metodológicos) y a sus posibilidades de influir en la vida política del continente<sup>11</sup>.

Los ejemplos de estos cambios más visibles en nuestro continente fueron la fundación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), al igual que la reorganización de la enseñanza de la sociología y las ciencias económicas en distintas universidades del continente. Dicho proceso fue acompañado, también, de un notorio circuito editorial dedicado a las

<sup>8</sup> El nexo entre desarrollo y subdesarrollo muestra algunas similitudes con lo que Koselleck llama conceptos contrarios asimétricos [*asymmetrische Gegenbegriffe*]: exclusión mutua, coordinación temporal y pretensión de universalidad. Su principal diferencia, no obstante, estriba en que no refieren a la constitución de grupos humanos como categorías políticas. Cf. Koselleck, “Sobre la semántica histórico-política de los conceptos contrarios asimétricos”, *Op. Cit.*, 211.

<sup>9</sup> Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

<sup>10</sup> Arturo Escobar, *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Caracas, El Perro y la Rana, 2007, 19-21.

<sup>11</sup> La bibliografía sobre la historia de las ciencias sociales en América Latina es extensa. En lo que sigue me he guiado por las panorámicas que se construyen en Hélgio Trindade, *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XXI, 2007; Marcos Roitman, *Pensar América Latina: el desarrollo de la sociología latinoamericana*, Buenos Aires, CLACSO, 2008; Alejandro Blanco, “Ciencias sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva élite intelectual”, Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol. II, Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX, Buenos Aires, Katz, 2008, 606-629.

ciencias sociales y a políticas de la nueva coyuntura. En momentos históricos distintos, emprendimientos como EUDEBA (1958), Paidós (1945) y el Fondo de Cultura Económica (1934) aportaron decididamente en la traducción de autores que orientaron a las ciencias sociales de posguerra, cuya dirección estuvo a cargo de pensadores que alcanzaron reconocimiento continental, como Gino Germani y José Medina Echavarría<sup>12</sup>.

El conjunto de estos espacios institucionales dio origen a teorías sobre las estructuras económicas y sociales del continente que enfocaban la cuestión desde dos perspectivas. En el plano económico, un enfoque estructural de la economía política latinoamericana y su lugar en el mercado mundial, desarrollado principalmente por figuras vinculadas a la CEPAL (como Raúl Prebisch y Celso Furtado). En el ámbito sociológico, fueron notorias las discusiones en torno al problema de la modernización y el cambio social, con pensadores que “centraron sus esfuerzos en explicar cómo el desarrollo industrial capitalista presupone la articulación de una sociedad democrática y liberal, identificando las actitudes antimodernizadoras y las resistencias al cambio social con un orden arcaico y tradicional”<sup>13</sup>.

En lo fundamental, las tesis latinoamericanas sobre el subdesarrollo operaron como parte de un debate global de la posguerra sobre la modernización social y económica. Pueden entenderse como inflexiones locales que dialogan con las posturas de pensadores metropolitanos y, en ocasiones, marcan distancias notorias al respecto<sup>14</sup>. En ese sentido, una de las diferencias principales se observa en el carácter histórico del desarrollo, que Germani define como una “transformación *estructural* de la economía a través de la cual los mecanismos funcionalmente requeridos para el ‘crecimiento autosostenido’ se incorporan permanentemente al mismo”<sup>15</sup>. Desde la vereda económica, Furtado entiende el desarrollo como “[el] aumento del flujo del ingreso real, o sea el incremento de la cantidad de bienes y servicios que se encuentra a disposición de determinada colectividad, por unidad de tiempo”<sup>16</sup>.

Bajo este modelo se dibuja un proceso de orientación lineal o sucesiva, iniciado en la Inglaterra del siglo XVIII y proyectado hacia las sociedades latinoamericanas a partir de la expansión capitalista del XIX<sup>17</sup>, pero que mantiene algunas diferencias importantes respecto del esquema de etapas que presentan autores como W. W. Rostow, para quienes el subdesarrollo no sería otra cosa que la antesala del desarrollo. Por el contrario, para Furtado la problemática del subdesarrollo implica reconocer que, en América Latina, el análisis concreto nos lleva a una conclusión divergente. Así, el subdesarrollo sería “[...] un proceso histórico autónomo, y no una etapa por la que debían haber pasado, necesariamente, las economías que ya alcanzaron un grado superior de desarrollo”<sup>18</sup>.

La particularidad histórica del subdesarrollo como categoría lleva a un tipo de caracterización de las estructuras sociales latinoamericanas en la cual el atraso ya no designa la pertenencia a un período cronológicamente anterior, sino la pervivencia de un tipo de sociedad arcaica que convive con un mundo más desarrollado. De ahí que sea factible pensar las economías subdesarrolladas desde una matriz dualista, en la cual “[se produce] la formación de economías híbridas, en las que un núcleo capitalista [pasa] a

<sup>12</sup> Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, 83-104; Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

<sup>13</sup> Roitman, *Op. Cit.*, 34.

<sup>14</sup> Gabriel Guzmán, *El desarrollo latinoamericano y la CEPAL*, Barcelona, Planeta, 1976, 214-215.

<sup>15</sup> Gino Germani, *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1969, 17-18.

<sup>16</sup> Celso Furtado, *Desarrollo y subdesarrollo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1971, 103.

<sup>17</sup> Furtado, *Op. Cit.*, 155.

<sup>18</sup> *Ibid.*, 165. A diferencia de lo planteado por Furtado, la promoción de una teoría etapista del desarrollo, afín a los supuestos de Rostow, puede verse en algunos de los trabajos en Torcuato di Tella, Gino Germani y Jorge Graciarena (comps.), *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965. Sobre las ideas de Rostow y su recepción, ver Roitman, *Op. Cit.*, 40-43.

coexistir, pacíficamente con una estructura arcaica”<sup>19</sup>. El subdesarrollo sería la continuidad de esta estructura dual y heterogénea en sociedades que, a pesar su contacto con el capitalismo industrial, no pueden sostener su propio crecimiento en el tiempo de manera tal de crear valores, bienes y servicios de forma autovalente.

Las modificaciones introducidas por economistas como Furtado o Prebisch —quien enfatizó la desigualdad en el comercio internacional e introdujo la tesis del llamado “deterioro de los términos de intercambio”<sup>20</sup>— implicaron una deriva semántica relevante en el concepto de subdesarrollo, aunque no así en su contraparte conceptual. De este modo, la lectura empírica y estructural identificó el funcionamiento de una economía mundial con centros industrializados y periferias atrasadas y subdesarrolladas, cuestión que difería de los usos metropolitanos del concepto de subdesarrollo. Sin embargo, entrados los años sesenta se abre un debate profundo sobre la validez de las tesis defendidas por el cepalismo y la sociología de la modernización, diferenciando que tiene en su centro la teorización misma del subdesarrollo. El texto de Rodolfo Stavenhagen “Siete tesis equivocadas sobre América Latina” ha sido leído como una de las primeras articulaciones de este malestar con el desarrollismo, toda vez que identifica los puntos recurrentes de las críticas que se empezaron a hacer —por izquierda— a la conceptualización previa del subdesarrollo<sup>21</sup>.

Para efectos de este ensayo, destaco tres grandes núcleos temáticos que caracterizan la inflexión crítica del subdesarrollo: el rechazo al dualismo estructural (y, por ende, al etapismo); la unificación conceptual de desarrollo y subdesarrollo; la radicalización del esquema centro/periferia bajo el concepto de dependencia. Sobre el primer punto, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto señalan que la tesis del dualismo estructural no sería otra cosa que una reformulación de la dicotomía comunidad/sociedad. No obstante, añaden, “con este procedimiento sigue siendo imposible explicar los modos de transición de un tipo de sociedad a otra [...] el cambio de las estructuras sociales, lejos de ser sólo un proceso acumulativo en el cual se agregan nuevas ‘variables’ que se incorporan a la configuración estructural, implica fundamentalmente un proceso de relaciones entre los grupos, fuerzas y clases sociales”<sup>22</sup>.

El rechazo del dualismo estructural va de la mano de una mirada global respecto del desenvolvimiento del capitalismo, el cual enmarca dentro de una misma estructura a países desarrollados y subdesarrollados. Para Vania Bambirra, el capitalismo en América Latina “ha configurado en el continente tipos específicos de capitalismo dependientes cuyo carácter y modo de funcionamiento están íntimamente conectados con la dinámica que asume el capitalismo en los países centrales”<sup>23</sup>. La conexión estructural del capitalismo latinoamericano con el capitalismo metropolitano estaría en la base de la definición misma del subdesarrollo: “De ahí que entre las economías desarrolladas y las subdesarrolladas no sólo exista una simple diferencia de etapa o de estado del sistema productivo, sino también de función o posición dentro de una misma estructura económica internacional de producción y distribución”<sup>24</sup>.

La consecuencia lógica de estos desplazamientos fue la formulación del concepto de dependencia como situación condicionante de las relaciones entre economías centrales (llámensele países industrializados, avanzados, desarrollados o metropolitanos) y las economías periféricas. Para Bambirra,

<sup>19</sup> Furtado, *Desarrollo y subdesarrollo*, 168.

<sup>20</sup> Guzmán, *Op. Cit.*, 223-228.

<sup>21</sup> Rodolfo Stavenhagen, “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, Ángel María Casas Gragea (comp.), *La teoría de dependencia*, Madrid, AGCI/Ministerio de Asuntos Exteriores, 2005, 57-70. Respecto de las perspectivas que han sido agrupadas bajo la rúbrica de teoría de la dependencia, ver Fernanda Beigel, “Vida, muerte y resurrección de las ‘teorías de la dependencia’”, VVAA, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006, 287-326.

<sup>22</sup> Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica*, México, Siglo XXI, 1978, 13.

<sup>23</sup> Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1978, 11.

<sup>24</sup> Cardoso y Faletto, *Op. Cit.*, 23.



este condicionamiento no sería absoluto, sino que tocaría a “los parámetros dentro de los cuales actúan una serie de contradicciones cuyas interacciones, choques y luchas dan las alternativas o posibilidades históricas de acción y funcionamiento a los sectores y clases sociales que se forman dentro de estos parámetros generales y, en los cuales, se hacen posibles las opciones de políticas [sic] económica y social”<sup>25</sup>. Aun cuando existen matices interpretativos entre los autores vinculados a la teorización de la dependencia –diferencias tanto teóricas como político-estratégicas–, lo cierto es que hay un acuerdo relativo en su apuesta teórica al momento de señalar la dependencia como una forma de articulación de la geopolítica del capitalismo global y los conflictos internos a cada nación latinoamericana. Ello necesariamente implica complejizar críticamente las definiciones económicas del subdesarrollo y del intercambio desigual del pensamiento cepalino y criticar las salidas parciales de reforma a la economía.

En síntesis, durante la década de los sesenta el concepto de subdesarrollo sufre modificaciones sustantivas a causa de los debates internos del campo de las ciencias sociales y producto de los giros de la geopolítica mundial ocurridos en la estela de la Revolución cubana y las guerras de liberación nacional<sup>26</sup>. El esquema de dicha mutación en el contenido semántico del concepto puede resumirse en los puntos que destaque más arriba (redefinición del subdesarrollo desde su unidad histórico-estructural con el desarrollo, dentro del capitalismo y bajo un carácter de dependencia) y su consecuencia más visible fue la delimitación de posiciones dentro del debate político cuyas formulaciones teóricas tuvieron, a su vez, correlatos en las definiciones estratégicas para el período<sup>27</sup>. En el siguiente apartado revisaré los diálogos que la izquierda cultural entabló con estos desplazamientos conceptuales, destacando las particularidades de una lectura que estuvo menos preocupada de las minucias disciplinares que de los distanciamientos políticos.

## Declinaciones culturales del subdesarrollo

Los tránsitos de la producción simbólica nunca ocurren en el vacío. A pesar de tratarse de entidades intangibles, los conceptos circulan merced a la existencia de canales específicos: publicaciones impresas, traslados de intelectuales, ejercicios de traducción, espacios de sociabilidad en común. Aunque la emergencia del concepto de subdesarrollo que bosquejé más arriba se dio, primordialmente, en instituciones académicas o vinculadas a organismos internacionales, lo cierto es que su circulación excedió con mucho tales espacios. Como ya señalé, me centraré en tres derivaciones semánticas del concepto de subdesarrollo en la cultura: las relaciones entre superestructura e infraestructura; el rol de los intelectuales; las expresiones culturales de la dependencia.

Una de las plataformas privilegiadas de discusión en el mundo de la cultura a lo largo del siglo XX fueron las revistas que combinaron la creación literaria, el ensayo de actualidad y la crítica, además de noticias de las diversas escenas artísticas nacionales, continentales y globales. Tras el triunfo de la Revolución cubana y la fundación de la institución homónima, la revista *Casa de las Américas* logró construir y consolidar en pocos años una red de colaboradores y lectores que abarcó no sólo al continente,

---

<sup>25</sup> Bambilra, *Op. Cit.*, 16. La formulación de “situación condicionante” la toma Bambilra de un texto de 1970 de Theotônio dos Santos. Sin embargo, el argumento es relativamente transversal a los pensadores brasileños asociados a la teoría de la dependencia. En un ensayo posterior al de Bambilra, Ruy Mauro Marini define la dependencia de la siguiente manera: “Una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia. El fruto de la dependencia no puede ser, por ende, sino más dependencia, y su liquidación supone necesariamente la supresión de las relaciones de producción que ella involucra”. Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Ediciones ERA, 1973, 18.

<sup>26</sup> Beigel, *Op. Cit.*, 295-297.

<sup>27</sup> Marchesi, *Op. Cit.*, 120-130.



sino a las diásporas letradas latinoamericanas fuera de la región. Aunque fue gestionada por equipos editoriales vinculados al mundo literario (Antón Arrufat, primero, y Roberto Fernández Retamar, desde 1965 hasta su fallecimiento en 2019), *Casa de las Américas* demostró temprano interés por el análisis político y social.

Un ejemplo claro de esta apertura más allá de los asuntos artísticos es la publicación de “Subdesarrollo y revolución” en el segundo número de la revista, fruto de la conferencia del mismo nombre dictada por el académico mexicano Enrique González Pedrero<sup>28</sup>. Aunque en lo fundamental concuerda con las tesis cepalianas y de la sociología de la modernización (dualismo estructural, incompatibilidades entre estructuras desarrolladas/modernas y subdesarrolladas/tradicionales, desventaja estructural de naciones subdesarrolladas), González Pedrero instala un argumento que será retomado por la izquierda cultural en diversas ocasiones: la tesis de que el subdesarrollo subsistirá en el tiempo en la medida que se adhiera a las políticas emanadas de países metropolitanos. Para el mexicano la solución al subdesarrollo sería, por necesidad, un salto revolucionario que implique un despegue de las estructuras económico-sociales a causa de las modificaciones políticas, como en el caso de la reforma agraria cubana<sup>29</sup> (*Casa 2*: 60-61).

Vale la pena notar que esta temprana colaboración para *Casa* no dedica demasiado tiempo a teorizar qué es el desarrollo, sino a caracterizar su reverso. Pero en esta definición por la negativa queda un aspecto claro: el subdesarrollo sería la manifestación de una heteronomía que es, al mismo tiempo, un déficit de homogeneidad en lo que a las estructuras económico-sociales se refiere. Pueden percibirse, a contraluz, los supuestos de las teorías de la modernización y del desarrollo, aunque para defender un programa de transformaciones de intención revolucionaria. Así es posible entender el diagnóstico que propone el escritor cubano Lisandro Otero en una carta a su par mexicano Emmanuel Carballo sobre el estado de la literatura cubana al promediar la década de los sesenta. Su análisis nos ofrece una ventana a la primera forma de traslación conceptual entre el plano de la economía y el de la producción artística: las analogías entre la estructura socio-económica y la estructura cultural.

Para Otero, la Cuba literaria del momento prerrevolucionario aparece bajo el signo de un vacío y una precariedad que impedían la conformación relativamente autónoma de una vida cultural. Responsable de esto sería la clase dominante, que es caracterizada como “una casta de administradores de propiedades cuyos verdaderos dueños estaban en oficinas de New York o Washington”<sup>30</sup>. Tal clase dominante, subordinada a intereses externos o ejecutora de ellos en el escenario nacional, se encontraría en una situación desventajosa también en el plano de la cultura. A causa de su carácter dependiente y colonial, de su debilidad como clase, la burguesía cubana no contaría con una literatura propia: “No existían, por tanto, escritores de la burguesía porque no existía una cultura burguesa ni un mercado para la cultura. La clase social dominante no era reflejada en nuestra literatura”<sup>31</sup>.

Operando bajo el supuesto de que la creación cultural expresa a las clases sociales, Otero identifica una insuficiencia que opera por homología: la debilidad de la base se corresponde con la de la superestructura. No se trata, en cualquier caso, de los términos utilizados por él, pero la resonancia es clara, y remite al punto que Williams identifica como un presupuesto ineludible de una parte de la tradición estética marxista. El crítico galés comenta los pasajes de la obra de Marx que han dado origen al binomio metafórico de base y superestructura (en el *Prefacio a la crítica de la economía política* y *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte*) y sostiene su equivocidad analítica para una indagación sobre la cultura: “En la transición de Marx al marxismo, y luego durante el desarrollo de las formulaciones expositivas y

<sup>28</sup> Enrique González Pedrero, *Casa de las Américas* 2, agosto-septiembre 1960, 49-64.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 60-61.

<sup>30</sup> Lisandro Otero, “El escritor en la Revolución cubana”, *Casa de las Américas* 36/37, mayo-agosto 1966, 203.

<sup>31</sup> *Idem.*



didácticas, las palabras utilizadas en las exposiciones originales fueron proyectadas, en primer lugar, como si fueran conceptos precisos; y en segundo lugar, como si fueran términos descriptivos de ‘áreas’ observables de la vida social”<sup>32</sup>.

Con estas precauciones en mente, me parece que Otero se hace eco de una mirada anclada en la tradición que el comunismo de línea soviética desarrolló en Cuba antes del triunfo de la revolución. Vale la pena observar que él mismo no fue militante del Partido Socialista Popular (PSP), pero que en los sesenta sí se alineó con aquellas facciones menos propensas al experimentalismo artístico y que, por ende, puede pensarse su entrada teórica desde una afinidad con la ortodoxia revolucionaria<sup>33</sup>. Durante el período republicano, “la relación política-cultura asumida por el Partido Comunista [el PSP] partía de una concepción sectaria, al entender que todas las clases sociales eran portadoras no solo de nuevas relaciones de producción, sino de nuevas formas de cultura”<sup>34</sup>. Aunque este esquema sirvió para fundamentar un conjunto de posiciones programáticas sobre las estéticas promovidas por el PSP, puede inferirse de él un núcleo conceptual que anuda el paso de lo económico-social (las clases sociales y la base) a lo cultural (la superestructura). Bajo estas premisas, y habiendo descartado la potencia de la burguesía cubana tanto en lo económico como en lo estético, para Otero no podría hablarse de una producción cultural autónoma, pues no existirían las instituciones que permitieran una dedicación especializada para la literatura: “Nos veíamos forzados a acudir a la cátedra, al periodismo, al radio, a la televisión para poder subsistir. Las editoriales solo publicaban libros de texto que eran los únicos que proporcionaban una entrada segura y cuantiosa”<sup>35</sup>.

Sugiero que Otero asienta el hito lógico de un argumento cuyas premisas son una combinación de teoría del desarrollo y marxismo: un país subdesarrollado como Cuba no cuenta con una burguesía nacional autónoma, que a su turno no produce su propia expresión literaria, pues no es capaz de desarrollar un campo que pueda autosustentarse a partir de la propia producción de la literatura. La cultura no sería capaz de conformarse como un espacio social diferenciado y autorregulado, pues salvo por una clase media reducida y de orientación progresista, para Otero no existe un público que vuelva posible la profesionalización de la labor escritural; el país estaría dividido entre las burguesías dependientes y una masa rural analfabeta caracterizada por el “retraso cultural y material”<sup>36</sup>.

Visto en este nivel analítico, la semántica del concepto de subdesarrollo se mantiene dentro de los parámetros del dualismo estructural, con una peculiar hostilidad hacia la burguesía como parte responsable de dicho dualismo. Sin embargo, dentro de este cuadro, el proceso revolucionario supone un quiebre que reordenaría el anudamiento entre economía, sociedad y cultura de tal modo que ya no es posible pensar en el análisis de Otero en términos del binomio desarrollo/subdesarrollo<sup>37</sup>. Si sobre el

<sup>32</sup> Williams, *Marxismo y literatura*, 107.

<sup>33</sup> En su análisis de la revista *Casa*, Nadia Lie identifica a Otero como un núcleo discursivo propenso a posturas antiintelectualistas o de línea estética menos abierta. El conflicto entre Otero y el poeta Heberto Padilla en las páginas de *El Caimán Barbudo*, al igual que las tensiones con el comité editorial de la revista *RC* (que dirigía desde el Consejo Nacional de Cultura) son algunos de los antecedentes que lo distancian de las facciones heterodoxas. Nadia Lie, *Transición y transacción. La revista cubana Casa de las Américas (1960-1976)*, Gaihtesburg/Leuven, Hispamérica/Leuven University Press, 1996, 178-185. Ver también Liliana Martínez Pérez, *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba*, México, FLACSO/Miguel Ángel Porrúa, 2006, 309-317; Guillermo Rodríguez Rivera, *Decirlo todo. Políticas culturales (en la Revolución cubana)*, La Habana, Editorial Ojalá, 2017, 168-169.

<sup>34</sup> Alina López Hernández, *Segundas lecturas. Intelectualidad, política y cultura en la república burguesa*, Matanzas, Ediciones Matanzas, 2013, 118.

<sup>35</sup> Otero, *Op. Cit.*, 204.

<sup>36</sup> *Ibid.*, 203.

<sup>37</sup> Hay que notar, sin embargo, que no todos los análisis sobre la cultura cubana parten de una escansión tan radical como la de Otero para la literatura. Edmundo Desnoes interpreta la historia de la pintura cubana y la periodiza de otro modo, con un quiebre mucho más cercano al funcionamiento interno del campo plástico. Asimismo, plantea el problema del binomio desarrollo/subdesarrollo en términos del orden estético mundial: “Debemos comenzar por reconocer que la pintura cubana no

período prerrevolucionario despliega esa mirada sociológica que advierte la flaqueza de las estructuras y la ausencia de un campo autónomo, al triunfar la revolución el problema se plantea mayoritariamente en términos de compromiso, libertad de creación y orientaciones revolucionarias<sup>38</sup>. Otero lleva esta discusión hacia el “nivel cultural” de las clases populares bajo la revolución: “No existe un nivel cultural homogéneo, que pueda ser cubierto por la palabra pueblo [...] ¿hacia qué etapa de su desarrollo debíamos dirigirnos? ¿Hacia el nivel cultural en que [fue] dejado por la burguesía, o hacia el nivel hacia el que lo estaba elevando la Revolución?”<sup>39</sup>. Nuevamente, la argumentación desde la heterogeneidad estructural es clara, e incluso se puede pensar en una línea que es afín a los planteamientos de González Pedrero a propósito de los “saltos” que puede introducir el cambio revolucionario dentro de una sociedad que se ve a medio camino entre la tradición y la modernidad.

La productividad conceptual del análisis del subdesarrollo parece debilitarse a favor de una mirada menos sociológica y más política, menos estructural y más subjetiva. O bien: de luchas entre ideologías y modos de producción, pues el vocabulario de la carta de Otero a Carballo gira hacia la diferente función de los escritores en el capitalismo y el socialismo<sup>40</sup>. Pensar el subdesarrollo desde la cultura, entonces, significa concebir a la cultura como una estructura que puede ser definida bajo parámetros similares a las estructuras sociales y económicas y, por ende, caracterizada según los criterios de atraso/progreso o tradición/modernidad.

La segunda variante de la reflexión cultural en clave de subdesarrollo reaparece cuando la intelectualidad de izquierda pone su ojo en un problema derivado del uso anterior: el grado de desarrollo de los sistemas culturales, expresado como función de la autonomía de sus cuadros intelectuales. Esta es la problemática trabajada por Roberto Fernández Retamar en un artículo relativamente contemporáneo al de Otero. Su pregunta es en torno a los puentes entre intelectuales y revolución, e intenta responderla con una revisión histórica de las cohortes intelectuales cubanas del siglo XX y su desempeño en el plano político. Al momento de señalar los desafíos enfrentados por la revolución en el ámbito de la cultura, Retamar identifica al subdesarrollo como uno de los problemas principales: “Vivir en un país subdesarrollado quiere decir vivir en un país que es [...] saqueado, cuya población es semianalfabeta, a menudo con escasa confianza en sus valores, complejo de inferioridad y fascinación consecuente por otras formas de existencia”<sup>41</sup>. Bajo estas circunstancias habría una especie de desajuste entre la avanzada de la vanguardia política, que incita el carácter revolucionario de la sociedad cubana en proceso de transformación, y las posibilidades de una vanguardia artística que busca su sitio desde una posición percibida como desventajosa:

Apenas hemos discutido sobre las relaciones entre vanguardia y subdesarrollo. Sin embargo, consideraciones teóricas previas, que apuntaban a este tema, no nos faltan: en Martí, en Mariátegui, en el mismo Vallejo [...] En último caso, a los términos *vanguardia* –de por sí

---

existe aislada del resto de la pintura mundial. El artista cubano no puede encontrar en los museos del país o en el ambiente cultural nacional suficiente material de trabajo para su desarrollo artístico. La cultura cubana es subdesarrollada y necesita fortalecerse el contacto con las grandes corrientes de Europa”. Edmundo Desnoes, “La pintura cubana: una interpretación”. *Casa de las Américas* 8, septiembre-octubre 1961, 37.

<sup>38</sup> “Mantuvimos que restringir la creación mediante la planificación ideológica y estética equivalía a estancar la cultura y frustrar toda creación artística [...] Los escritores eran parias que admiraban a distancia una obra de la que no participaban. En la nueva sociedad tampoco había lugar para nosotros porque no la servíamos con nuestra capacidad específica como escritores sino como cuadros o funcionarios”. Otero, *Op. Cit.*, 205.

<sup>39</sup> *Ibid.*, 205.

<sup>40</sup> *Ibid.*, 207.

<sup>41</sup> Roberto Fernández Retamar, “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”, *Casa de las Américas* 40, enero-febrero 1967, 16.

bastante conflictivo— y *subdesarrollo*, se añade el de *revolución*. Se trata de hacer un arte de vanguardia en un país subdesarrollado en revolución<sup>42</sup>.

La operación desplegada aquí es interesante porque se instala tanto la necesidad como la chance de que una estructura subdesarrollada pueda, en lo cultural, ir más allá de sus posibilidades a partir del trabajo de una vanguardia<sup>43</sup> (cuestión que tensiona una lectura etapista rígida del subdesarrollo como expresión del dualismo estructural). Para tal efecto se invoca a nombres que comandan el respeto de la izquierda cultural a causa de su radicalidad política y estética, nombres “adelantados” a su época —y, por ende, contemporáneos de un futuro revolucionario—. Mariátegui y Martí, en especial, funcionan como superficies sobre las cuales pueden proyectarse las aspiraciones político-estéticas de los marxistas más ortodoxos y de experimentalistas comprometidos con la izquierda<sup>44</sup>. Señalarlos como parte de una tradición de intelectuales revolucionarios desde el mundo subdesarrollado ofrece algunos modelos internos a la ciudad letrada para insertarse en el proceso político. Sin embargo, esta identificación de antecedentes a partir de los cuales llevar a cabo la tarea no cambia en lo sustantivo la caracterización estructural del subdesarrollo ni aporta nuevos elementos.

Una faceta adicional del rol de los intelectuales en el mundo subdesarrollado aparece en una conferencia de Raúl Roa Kourí, titulada justamente “Cultura, subdesarrollo y socialismo”. Tras una definición económico-sociológica del subdesarrollo en una línea afín a la de Furtado (a pesar de que utiliza las definiciones de Charles Bettelheim y prescinde de los aportes teóricos latinoamericanos), Roa Kourí refuerza las tesis desarrolladas por Otero y Retamar a propósito de la debilidad del campo intelectual en una sociedad con una burguesía subordinada a intereses extranjeros (en lo económico y en lo cultural) y una masa popular acosada por el analfabetismo y la privación material<sup>45</sup>. El aporte de su reflexión aparece cuando aborda el rol desempeñado por aquellos intelectuales y profesionales en áreas de ciencia y tecnología en un país subdesarrollado: “En general, los países subdesarrollados viven al margen del progreso de la ciencia, y sus cuadros más calificados [...] emigran a las universidades, industrias e instituciones de los países desarrollados, en pos de mayores recompensas materiales y oportunidades de trabajo”<sup>46</sup>. De tal suerte, un país en revolución que aspira a transformar las estructuras productivas se vería en una seria desventaja sistémica a causa de un escenario poco propicio al trabajo científico-técnico.

Vemos entonces que en estos textos publicados en *Casa de las Américas* el concepto de subdesarrollo se proyecta al campo de la cultura en un sentido fuerte y uno lato, tomando siempre a Cuba como caso que representa tendencias mayores de la realidad latinoamericana. El primero responde a las instituciones de la cultura y a una carencia de autonomía en el circuito de la producción cultural: falta de instituciones y de medios de circulación para obras que apenas aparecen de manera autoeditada, productores desprofesionalizados o con escasa especialización, público reducido para la creación nacional (sea porque sus gustos están orientados hacia la cultura metropolitana o porque el analfabetismo los

<sup>42</sup> *Ibid.*, 15.

<sup>43</sup> Estas posturas de Retamar bien pueden ser comparadas con el trabajo de Ángel Rama —crítico uruguayo e integrante del comité de colaboración de *Casa*— durante los sesenta y setenta relacionado con la composición social de las vanguardias y las pautas de modernización narrativa. Ver Ángel Rama, “Diez problemas para el novelista latinoamericano”, *Casa de las Américas* 26, noviembre-diciembre 1964, 18-19; *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1983 (primera parte). Agradezco los comentarios del referato al señalarme la importancia de esta consideración de Rama.

<sup>44</sup> Un análisis de los usos retóricos de la figura de Martí y de su conceptualización como el intelectual revolucionario por antonomasia (antes que el Che, incluso) se encuentra en Juan Carlos Quintero Herencia, *Fulguración del espacio: letras e imaginario institucional de la Revolución cubana*, Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2002.

<sup>45</sup> Raúl Roa Kourí, “Cultura, subdesarrollo y socialismo”, *Casa de las Américas* 41, marzo-abril 1967, 105-106.

<sup>46</sup> *Ibid.*, 108.

excluye del ámbito de la recepción/consumo cultural). El sentido lato vendría a ser el aspecto denunciado por Roa Kourí: la debilidad del mundo de los trabajadores intelectuales, dentro de los cuales hay que incorporar a científicos, técnicos y profesionales.

Es a partir de la consideración de los intelectuales como agentes del mundo de la cultura que se produce una declinación adicional del concepto de subdesarrollo. Hacia finales de los sesenta existe una ampliación en el sentido con el que se utiliza el término “intelectual”<sup>47</sup> que ha sido explorada, primordialmente, en términos de la politización del concepto. Esto es, la transición entre el modelo de intelectual comprometido hacia el intelectual revolucionario, con lo cual se abriría la puerta al antiintelectualismo como discurso autocrítico que consagra la primacía del dirigente político como sujeto de vanguardia por antonomasia<sup>48</sup>. Ahora bien, esta otra deriva semántica hacia la inclusión de científicos y técnicos ha suscitado menos interés, quizá a causa de su índole menos inmediatamente política y más sociológica; un cambio de taxonomía más que de las prácticas o las orientaciones de las prácticas. Mi argumento para la importancia de este giro es que expresa un resultado de la politización intelectual en tanto lleva al mundo de la cultura a repensar su rol dentro del subdesarrollo en un sentido que les resulta mucho más específico que la noción de compromiso. Al vincular la estructura subdesarrollada al tipo de labor desempeñada por los intelectuales en sentido lato se abre una posibilidad de inserción en la trayectoria histórica de las transformaciones a las que las sociedades latinoamericanas aspiraban. Los intelectuales pasaban a ser, así, tanto un sector afectado por el subdesarrollo como uno de los eventuales agentes de su superación.

Quizá el punto más evidente de este giro conceptual sea el Congreso Cultural de La Habana (CCH) –realizado en 1968– y la incorporación de trabajo científico a la par de la creación artística en una de sus comisiones, cuya división en dos subcomités (uno para el trabajo científico y otro para el artístico) permitió precisar la labor de estos sectores intelectuales de izquierda que no venían de los usuales domicilios de la ciudad letrada<sup>49</sup>. En este ámbito aparece una mirada que entrelaza subdesarrollo, imperialismo y colonialismo en tanto serían estos últimos dos fenómenos los que perpetúan la situación de subdesarrollo e impiden cualquier tipo de transformación. La tesis movilizada aquí es la del “desarrollo acelerado”, instalada al inicio de la declaración del subcomité científico de la Comisión V del CCH:

El avance actual de la ciencia y la técnica hacen posible en principio el desarrollo acelerado de los pueblos para la eliminación del subdesarrollo. Pero esta posibilidad se encuentra impedida en su realización por el estado de dependencia colonial o neocolonial, así como perturbada por diversas formas de bloqueo económico y cultural que se ejercen contra los pueblos en vías de liberación o liberados<sup>50</sup>.

<sup>47</sup> Se trata de un uso más gramsciano del término, cuya pertinencia es reconocida por la intelectualidad cultural cubana en el segundo lustro de la década. Ver Fernández Retamar, *Op. Cit.*, 4-5; VVAA, “Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad”, *Casa de las Américas* 56, septiembre-octubre 1969, 7-48. Otra de las vetas del pensamiento gramsciano se elabora en Argentina por parte de figuras expulsadas del Partido Comunista y vinculadas a la revista *Pasado y Presente*, aunque lo cierto es que ya en Mariátegui existe una primera lectura de Gramsci en nuestro continente. Cf. José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos: cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

<sup>48</sup> Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Dilemas y debates del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, 143-187. Por cierto, esta definición está en tensión con los contenidos semánticos del concepto de vanguardia que elabora Rama y que señalé más arriba.

<sup>49</sup> Las intervenciones del presidente Osvaldo Dorticós en el seminario preparatorio (realizado por la intelectualidad cubana en 1967) y en la apertura del CCH refrendan esta vocación por el uso más amplio del concepto de intelectual.

<sup>50</sup> Congreso Cultural de La Habana, *Documentos del I Congreso Cultural de la Habana*, La Habana, COR, 1968, 34.

La noción de desarrollo acelerado, en el sentido económico y social que tiene en esta declaración, no aparece como parte del vocabulario de la izquierda cultural ni tampoco en el léxico usual de las ciencias sociales latinoamericanas, por lo que me gustaría simplemente parafrasear sinópticamente su funcionamiento en la declaración. El horizonte que dibuja el concepto es tanto una crítica al etapismo implícito en concepciones previas del subdesarrollo como una manera de reforzar la necesidad de la vía socialista para su superación: “Los países subdesarrollados que construyen el socialismo son los capacitados para lanzarse a este proceso de desarrollo acelerado, pues la movilización plena de la capacidad creadora de un pueblo es incompatible con la existencia de clases explotadoras dominantes”<sup>51</sup>. Posteriormente, la declaración enfatiza el rol desempeñado por la investigación científica en el proceso de desarrollo acelerado y los enlaces que hay entre las causas del subdesarrollo y su expresión en el desempeño de los cuadros científico-técnicos, tan obstruidos en su desenvolvimiento como las propias economías del Tercer Mundo<sup>52</sup>.

Queda a ojos vista que los usos del subdesarrollo en los circuitos de la izquierda cultural operaron como una traducción singular de la problemática económico-social a la esfera de la vida cultural e intelectual y que, asimismo, el concepto permitió formular vínculos teóricos y prácticos entre los países latinoamericanos y con otras realidades tercermundistas. El subdesarrollo, tanto en lo general como en sus expresiones culturales, fue enmarcado en las relaciones imperialistas y coloniales, lo que llevaría a la afirmación de una ruptura de orden revolucionario como la única capaz de asegurar el desarrollo autónomo. Ahora bien, ¿qué papel podían desempeñar los intelectuales dentro de dicha aspiración revolucionaria?

Una de las respuestas puede verse en la contribución del etnólogo francés Michel Leiris al CCH. En su ponencia, argumenta a favor de una “guerrilla de la investigación” cuyo referente analógico es la resistencia vietnamita: “Esta investigación puramente local que tiene por objeto utilizar hasta el más mínimo recurso, es un medio de mantenerse contra toda especie de bloqueo y representa, además, una ampliación del saber humano”<sup>53</sup>. Bajo este prisma, el rol desempeñado por los intelectuales en los procesos de liberación nacional se entiende a la vez como resistencia y como creación de un programa futuro que, partiendo de las condiciones del subdesarrollo, intenta superarlo. Con ello se reconoce que el quiebre del dominio imperialista entraña un cambio cultural cuyos efectos no pueden limitarse a la cultura

<sup>51</sup> *Ibid.*, 35. El alineamiento conceptual entre desarrollo acelerado y socialismo lleva a reconocer la ayuda prestada por los países del campo socialista, valorando explícitamente a la URSS. Habría que explorar de manera más profunda esta posición en medio de los distanciamientos entre Cuba y el socialismo soviético. De momento, la tesis del desarrollo acelerado podría leerse tanto en clave soviética (la valoración positiva del tipo de planificación centralizada de la economía aplicada por Stalin tras el fin de la Nueva Política Económica) como en clave cubana (la organización de la actividad productiva a partir del trabajo voluntario y los preceptos de la “Ofensiva revolucionaria”). La tercera clave, evidente a partir de la vinculación semántica, sería la política maoísta del “gran salto adelante”, pero la ausencia de una delegación china en el CCH hace difícil pensar en esta interpretación como una de las fuentes para el uso del concepto en la declaración. Para el vínculo URSS/Cuba en los sesenta, especialmente en la segunda mitad, ver Piero Gleijeses, “Cuba and the Cold War, 1959-1980”, Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. II. Crisis and Détente, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, 333-335; Rafael Pedemonte, “La guerre froide pour les idées en Amérique latine. Relations politiques et culturelles avec l’Union soviétique: une approche comparative (Cuba-Chili, 1959-1973)”. Tesis de Doctorado en Historia, Université Paris I-Panthéon Sorbonne/Pontificia Universidad Católica de Chile, 2016, 141-165. Sobre la “ofensiva revolucionaria” y su trasfondo económico, ver Juan Valdés Paz, *La evolución del poder en la Revolución cubana*. Tomo I, México, Rosa Luxemburg Stiftung, 2018, 132-145; Lillian Guerra, *Visions of Power in Cuba. Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2012, 290-291.

<sup>52</sup> Congreso Cultural de La Habana, *Op. Cit.*, 36-37.

<sup>53</sup> Michel Leiris, “Reflexiones sobre la investigación científica, los estudios sociológicos y la creación artística de la formación de la cultura de un país que sale del subdesarrollo”, VVAA, *Congreso Cultural de La Habana: Comisión V*, La Habana, COR, 1968, 40: 1. La referencia es a las ponencias del CCH, editadas por la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR). No tienen una paginación continua, por lo que uso el número de ponencia dentro del volumen y la página correlativa de la propia ponencia.

culta, sino que debe operar en un sentido antropológico amplio, capaz de amortiguar los efectos que las modificaciones técnicas tendrán sobre aquella franja tradicional de las sociedades subdesarrolladas<sup>54</sup>.

Hacia el final de su presentación, Leiris aborda un tópico que constituyó el foco de varias ponencias de la Comisión V del CCH: el carácter de una cultura revolucionaria y el lugar que tendrían los procedimientos vanguardistas y experimentales en ella. La postura de Leiris es la defensa de las exploraciones creativas aun si el arte didáctico es una necesidad inmediata para efectos de la propaganda. Ello no puede equipararse, dice Leiris, con la subestimación de las capacidades de comprensión del público popular y, por ende, con la tesis de que sólo el arte “fácil” es el adecuado al nivel de desarrollo cultural de los países subdesarrollados<sup>55</sup>. De ahí se sigue que, en los países coloniales y neocoloniales, la experimentación sería la única vía segura para evitar la repetición de modelos externos y crear, efectivamente, la cultura liberada<sup>56</sup>.

La postura de Leiris dialoga así con un argumento postulado por la declaración de la Comisión III del CCH, que defiende el derecho de los intelectuales del mundo subdesarrollado a acceder al acervo cultural metropolitano “pues lo necesita[n] para su sobrevivencia en el mundo moderno. Pero en lugar de dejarse aplastar y enajenar por él, tiene[n] el deber de apropiárselo para desarrollar con él su propia visión del mundo y ser [capaces] de proyectarla en una dimensión universal”<sup>57</sup>. Se formula, entonces, la pregunta por el rol de las vanguardias —o de las estrategias vanguardistas— dentro de la lucha contra el subdesarrollo. Si en la orilla científico-técnica aparecen más o menos dibujados los aportes de la intelectualidad, en el plano cultural el asunto resulta algo más espinoso, pues la movilización del término “vanguardia” obliga a una serie de clarificaciones que reactualizan los debates por la comprensión de las formas artísticas experimentales<sup>58</sup>. De cualquier forma, el horizonte de acción para la intelectualidad del mundo subdesarrollado queda expresado como una aspiración de ruptura que dialoga semánticamente con la tesis del desarrollo acelerado expresada en varios documentos del CCH. De tal suerte, la confianza del proyecto desarrollista respecto de una economía capaz de autonomizarse mediante procesos de industrialización que integraran de forma homogénea las economías latinoamericanas<sup>59</sup> —superando el dualismo estructural— se ha desvanecido también en el plano de la cultura, reemplazada ahora por el ímpetu de los saltos radicales.

Quisiera cerrar este apartado con algunas observaciones sobre un tercer tipo de uso cultural del subdesarrollo por la intelectualidad de izquierda: las relaciones de dependencia que producen las estructuras colonialistas e imperialistas. Estas pueden caracterizarse desde dos regiones semánticas. La primera es la que vincula colonialismo, subdesarrollo y alienación cultural (reforzando la idea de una estructura periférica heterónoma y condicionada por los ritmos de la estructura metropolitana), mientras que la segunda refiere a los efectos del imperialismo en la cultura.

El tránsito entre subdesarrollo, dependencia y colonialismo parece convocar las continuidades conceptuales, al punto de que muchas de las intervenciones discursivas de la izquierda cultural de los sesenta suspenden las relaciones de causalidad: el colonialismo lleva al subdesarrollo, que a su vez expresa una relación de dependencia que puede, a su turno, ser caracterizada como colonial. La reflexión de

<sup>54</sup> *Ibid.*, 2-3.

<sup>55</sup> *Ibid.*, 4.

<sup>56</sup> *Ibid.*, 5.

<sup>57</sup> VVAA, “Responsabilidad del intelectual ante los problemas del mundo subdesarrollado”, *Casa de las Américas* 47, marzo-abril 1968, 104.

<sup>58</sup> Al respecto, ver las ponencias presentadas al CCH por Enrique Lihn, León Rozitchner, Juan Valdés Paz y Jesús Díaz, y por Horacio Zalce, que tuvieron menos visibilidad que otras publicadas, como la de Roberto Fernández Retamar o Adolfo Sánchez Vázquez.

<sup>59</sup> Cf. Furtado, *Op. Cit.*, 222-224 y 246.



Edmundo Desnoes en “La imagen fotográfica del subdesarrollo” señala uno de los elementos característicos que derivan de la reflexión sobre el subdesarrollo: el problema de la alienación.

Los países subdesarrollados también están fotográficamente atrasados, carecen de una imagen profunda de sí mismos. Viven alienados por aquellos que los utilizan para sus fines políticos, económicos o turísticos; distorsionados por los que pretenden presentarlos con fidelidad. En nuestra parte del mundo, el ámbito del Caribe, conocemos varias excepciones, y probablemente hay otras. Subdesarrollo es también un mundo de aislamiento y comunicación defectuosa, siempre fragmentaria<sup>60</sup>.

Comprender el dominio colonial en la cultura como su enajenación bajo los mandatos extranjeros representa una de las posturas más recurrentes en la elaboración conceptual del subdesarrollo como efecto del colonialismo. Ella identifica las interacciones entre sociedades latinoamericanas y metropolitanas a partir de una asimetría estructural cuya consecuencia es la falta de unidad. Alienación, para autores como René Depestre, es el término que cifra variados niveles de negación del sujeto y de su sociedad: la abdicación de la voluntad (o la capacidad para afirmarla); la sumisión a mandatos e intereses externos a cambio de pretendidos beneficios materiales; la opresión necesaria para garantizar esa sumisión respecto de las metrópolis; y, no menos importante, una pérdida de identidad en sentido a la vez existencial y cultural<sup>61</sup>.

De raigambre hegeliana y leído a través del prisma marxista, el concepto de alienación encuentra un cognado en el de enajenación, cuyo tratamiento fue recurrente en el trabajo de Adolfo Sánchez Vázquez, figura importante de la izquierda cultural del período<sup>62</sup>. Aunque ni Depestre ni otros intelectuales de la izquierda cultural expliciten siempre esta trayectoria teórica, me parece que su uso del concepto de alienación en el debate sobre el colonialismo dialoga con los postulados de Sánchez Vázquez y de otros marxistas humanistas. En primer lugar, porque, aun cuando tenga connotaciones existenciales, la alienación se comprende como parte del proceso histórico mayor del colonialismo y sus efectos (el subdesarrollo de los países del Tercer Mundo). En efecto, la aspiración humanista que subtiende a las teorías de la alienación termina por anclarse en los devenires histórico-sociales que suscitan el interés y la intervención de los circuitos intelectuales de la región<sup>63</sup>. En segundo lugar, la definición de Sánchez Vázquez releva la alienación como un proceso que implica siempre un grado de negatividad. Las reflexiones de Césaire y de Depestre van en esa línea al señalar las pérdidas, restas o interferencias de una subjetividad cuyo sentido no proviene de sí: mutilación, carencia de iniciativa, muerte en vida, falta de

---

<sup>60</sup> Edmundo Desnoes, “La imagen fotográfica del subdesarrollo”, *Casa de las Américas* 34, enero-febrero 1966, 77. Este es un argumento que Desnoes trabaja a lo largo del segundo lustro de los sesenta, en especial si consideramos la novela –y posterior película– *Memorias del subdesarrollo*, aparecida en 1965. Tanto la versión fílmica, dirigida por Tomás Gutiérrez Alea, como el largometraje *Terra em transe*, de Glauber Rocha, han sido leídos como ejercicios ejemplares de las dificultades de inserción de los intelectuales en el proceso revolucionario.

<sup>61</sup> René Depestre, “Carta”, *Casa de las Américas* 45, noviembre-diciembre 1967, 39.

<sup>62</sup> En su ensayo de 1962 sobre la estética de Marx en los *Manuscritos económico-filosóficos*, Sánchez Vázquez define la categoría de la siguiente forma: “La enajenación se traduce en un empobrecimiento o pérdida de la esencia humana, y aparece histórica, socialmente cuando el proceso de transformación de la naturaleza por el hombre mediante el trabajo, que es el que eleva al hombre sobre su ser natural, cambia de signo en virtud de la propiedad privada sobre los medios de producción”. Adolfo Sánchez Vázquez, “Ideas estéticas en los manuscritos económico-filosóficos de Marx”, *Casa de las Américas* 13/14, julio-octubre 1962, 5.

<sup>63</sup> En el CCH, Aimé Césaire es enfático en señalar que: “El hombre colonial es aplastado y negado, puesto que ha perdido la iniciativa histórica y soporta la historia de otros [...] es cierto que de un hombre mutilado sólo puede nacer una cultura mutilada; de un hombre alienado sólo puede nacer una cultura alienada”. Aimé Césaire, “Cultura nacional, colonialismo, neocolonialismo”, *VVAA, Congreso Cultural de La Habana: Comisión I, La Habana, COR, 1968, 43: 3.*

conciencia nacional<sup>64</sup>. Dicha negatividad implicaría, a su vez, un tipo de inautenticidad, como lo señala el texto final de la Comisión III del CCH: “La dominación colonial e imperialista deforma y aniquila la cultura del pueblo sojuzgado –es un verdadero genocidio cultural– y convierte a los intelectuales en bufones o amanuenses”<sup>65</sup>.

Alienada e inauténtica, la cultura del subdesarrollo también fue definida conceptualmente desde su relación con el imperialismo; o, dicho en los términos de la época, la “penetración imperialista”. Esta se refiere al influjo cultural que proyectan los países metropolitanos sobre la periferia desarrollada, con especial énfasis en la cultura de masas como agente de la alienación cultural. Hacia 1967 se gesta una ofensiva intelectual de denuncia de la penetración imperialista que observamos en la siguiente declaración del comité de colaboración de *Casa de las Américas*:

Nadie ignora que las poblaciones latinoamericanas están siendo sometidas diariamente a una campaña que deforma la verdad, las conciencias y los valores, y que utiliza para ello los múltiples medios de la industria cultural: cierto cine, radio, televisión, prensa, etc., son los medios masivos y por desgracia eficaces con los que se destruyen o adulteran las creaciones auténticamente originales y se sume a las masas en la apatía, la trivialidad o el consentimiento. A nosotros nos toca combatir ese arte degradado porque es él, y no ninguna forma verdadera de arte o de literatura, el que aleja a nuestros pueblos de sus fuentes más profundas y los vuelve vulnerables a esa penetración cultural que precede a la que intentará acabar con su soberanía y su libertad (*Casa* 41: 3).

La declaración instala algunos puntos políticos que vale la pena destacar. Primeramente, la minusvaloración de la cultura de masas proveniente de países metropolitanos (y de EEUU en particular). En segundo lugar, la existencia de un proyecto de intervención de la soberanía de los países latinoamericanos que recurre a la desinformación para alcanzar sus objetivos de largo plazo. Asimismo, la declaración torna explícito el vínculo entre el falseamiento (de información, de valores) y la actitud política de las masas.

Un diagnóstico similar es expresado por un suplemento sobre penetración cultural que circula como parte de los materiales de la conferencia de la OLAS. Se trata de una revisión de distintos ámbitos artísticos, desde la cultura de masas hasta la producción culta. Al caracterizar los contenidos de revistas como *Life en español*, *Visión* o *Selecciones de Reader's Digest*, el documento identifica la “propaganda del ‘American way of life’, exaltación de los hábitos de consumo del pueblo norteamericano, utilización de la técnica moderna [...], para destacar elementos de la vida política y social de Estados Unidos”<sup>66</sup>. La promoción del *American way of life* tiene en los cómics uno de sus medios privilegiados. En ellos se utiliza “todo un arsenal de recursos sicopatológicos indispensables para crear la necesidad artificial de su lectura y dar vía de escape a la frustración de una generación a la que entretenimientos más productivos son extraños”, lo que no tendría otro objetivo que la “creación de un estado de conciencia abierto a las formas del proimperialismo”<sup>67</sup>.

<sup>64</sup> Vale la pena destacar la gravitación de intelectuales del Caribe francés hacia el problema de la alienación. Tanto Césaire como Depestre –y, en paralelo, Frantz Fanon– forjaron sus carreras intelectuales en medios que destacaron la negatividad de la experiencia colonial en tanto alienación.

<sup>65</sup> VVAA, “Responsabilidad del intelectual”, 104.

<sup>66</sup> Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de América Latina, *La penetración imperialista en: literatura, arquitectura, artes plásticas, cinematografía*, La Habana, OLAS, 1967, 3.

<sup>67</sup> *Ibid.*, 4-5.



El rol de los medios de masas tiene su propia comisión en el CCH, al igual que ponencias en otras comisiones dedicadas a pensar sobre la industria cultural y las luchas de liberación. En su ponencia presentada al CCH, titulada “Las armas secretas”, Desnoes argumenta a partir de la línea trazada por los debates sostenidos en la OLAS respecto de la distorsión en los valores culturales introducida por la cultura de masas<sup>68</sup>. Sin embargo, las últimas partes del argumento de Desnoes en su ponencia apuntan a una valoración diferenciada del mundo subdesarrollado y la cultura de masas: “[...] los medios masivos pueden hasta servir para echar leña a la hoguera de la revolución; pueden convertirse –cabe la remota posibilidad– en la chispa que haga cundir el incendio para la pradera en armas del Tercer Mundo”<sup>69</sup>. Tal diagnóstico va de la mano con una mirada menos pesimista sobre el alcance de la cultura de masas en el mundo subdesarrollado, que estima como aún incipiente en el ámbito subjetivo, a pesar de que su influjo sea cada vez mayor. Acaso el trabajo de Desnoes en la COR, que lo acercó al uso de la gráfica como elemento de propaganda, incidió en la valoración más positiva de los artefactos culturales masivos y en el interés por teorizar el rol de los intelectuales como creadores en y para la revolución<sup>70</sup>.

Un gesto reflexivo sugerente para esta línea de elaboración conceptual aparece en la resolución de la Comisión IV del CCH. Junto con volver sobre los diagnósticos que constituyen el concepto de penetración, ofrece posibles alternativas de transformación. Para ello realiza un ejercicio de traslación conceptual que ya está sugerido en la intervención de Leiris: volver productivo el terreno del subdesarrollo para beneficio de la lucha contra el imperialismo. Para la comisión, lo determinante en el proceso es el ritmo político de la revolución –entendida como lucha armada–, pues la elaboración estratégica de los usos de los medios de masas parte de la premisa de que no es la tecnología en sí el problema, sino el contexto de sus usos. De ahí que el documento identifique los desafíos de dirigirse a un público que conoce sólo la realidad cultural del subdesarrollo:

En el uso de los medios masivos, la política cultural revolucionaria no debe nunca olvidar que pertenece a un amplio público. Esto significa que se encuentra con un nuevo tipo de productor y consumidor cultural, situado en el centro mismo de la lucha por la independencia nacional, que no ha tenido el privilegio de recibir una educación académica y desconoce el lenguaje de los medios audiovisuales. Es necesario dirigirse con madurez a este consumidor por medio de la imagen y la palabra: informar siempre con veracidad, sin paternalismo, buscando la participación crítica y activa de este nuevo consumidor<sup>71</sup>.

Aunque esta querencia no parece haber encontrado una fácil realización –sea en Cuba o en otros países de América Latina–, vale la pena destacar la veta de apertura a los medios de masas que contrasta con la nota dominante en su análisis dentro de los circuitos de la izquierda cultural, la que tendió a trabajar

<sup>68</sup> Edmundo Desnoes, “Las armas secretas”, VVAA, *Congreso Cultural de La Habana: Comisión IV*, La Habana, COR, 1968, 3:1. La contribución de Desnoes fue publicada con posterioridad en *Casa de las Américas* en una versión ampliada: *Casa de las Américas* 48, mayo-junio 1968, 32-43. Agradezco a Pablo Concha los alcances sobre las ideas de Desnoes.

<sup>69</sup> Desnoes, *Op. Cit.*, 3:3.

<sup>70</sup> Ver Edmundo Desnoes, “Los carteles de la Revolución cubana”, *Casa de las Américas* 51-52, noviembre 1968-febrero 1969, 223-231. Esta apreciación positiva de la cultura de masas no alcanza el entusiasmo de Marshall McLuhan, quien adopta una postura mucho más cínica sobre los usos de la industria cultural en el mundo subdesarrollado. Una recepción crítica de dichos planteamientos puede verse en mi artículo “Cultura de la resistencia y estética del deterioro. Marta Traba y la articulación conceptual de la crítica artística latinoamericana”, *Aisthesis* 57, 2015, 143-164. Agradezco los comentarios del referato sobre este punto.

<sup>71</sup> VVAA, *Documentos del I Congreso Cultural de La Habana*, La Habana, COR, 1968, 32.

desde la sospecha ideológica o la denuncia de la manipulación<sup>72</sup>. Semejante apertura semántica revela que el tratamiento de las relaciones entre subdesarrollo, cultura e imperialismo no implicaba imponer mecánicamente los esquemas analíticos de la dependencia en un sentido de rigidez, sino que existía un espacio para realizar derivas hacia terrenos no previstos por el uso sociológico y económico del concepto de subdesarrollo.

## Conclusiones

A lo largo de este ensayo he explorado distintos derroteros del concepto de subdesarrollo en el ámbito de la izquierda cultural latinoamericana de los años sesenta, una comunidad transnacional de intelectuales que crearon centros de diálogo y encuentro a raíz de la política cultural de la Revolución cubana, pero que no se reducen a ellos solamente. Revisé la trayectoria del concepto de subdesarrollo en el ámbito más restringido de las ciencias sociales y económicas de la posguerra, reconociendo los tránsitos entre el dualismo estructural y sus críticas por parte de investigadores críticos de las tesis desarrollistas. Luego examiné tres declinaciones específicas que el mundo de la cultura realizó: las homologías entre subdesarrollo económico y subdesarrollo cultural; el rol de los cuadros culturales en países subdesarrollados; los efectos de dependencia cultural generada por el subdesarrollo.

El conjunto de estas declinaciones demuestra un punto que se encuentra implícito en mi análisis: la existencia de una vía propia para el uso del concepto de subdesarrollo en el ámbito de la izquierda cultural. La red de creadores y críticos del mundo de la cultura no siguió al pie de la letra las especificidades del debate en las ciencias sociales. Por el contrario, gestó sus propios usos con un grado notorio de independencia, al punto de crear un circuito propio para la semántica cultural del subdesarrollo. De tal suerte, puede hablarse de una afinidad electiva entre el campo de las ciencias sociales –profesionalizado, con sus propios códigos de validación y disputa interna– y el campo de la izquierda cultural –articulado también con sus formas particulares de diálogo y conflicto intelectual–. Afinidad que, no obstante, opera en un ámbito general de traslación del concepto y que introduce un conjunto de ambigüedades. En el caso de la homología entre subdesarrollo económico y subdesarrollo cultural, observamos que hay posiciones –como la esbozada por Otero– que conservan un esquema de dualismo estructural cuya crítica ya se encontraba en curso durante los sesenta. La reflexión sobre el rol de los intelectuales del mundo subdesarrollado parece deshacer semejante concepción dualista mediante una crítica del etapismo y la apertura de una posible acción vanguardista para la creación y la investigación científica desde las circunstancias del subdesarrollo. Por último, en el caso de las formas culturales de la dependencia, constatamos una pluralidad de miradas, algunas más afines a la concepción dialéctica de la dependencia como situación condicionante y otras que asignan un carácter más unilateral a la acción de los medios de masas en los países del Tercer Mundo.

Estas apropiaciones ambiguas derivan, a mi parecer, de un modo de intercambio intelectual caracterizado por la convivencia en los espacios sociales de la vida intelectual (revistas, congresos, instituciones académicas), más que por el diálogo sistemático. De ahí que sea posible hablar de una circulación del concepto de subdesarrollo que indica la existencia de una *vulgata* del saber de las ciencias sociales de la época. Este tipo de procesos de circulación tiene antecedentes históricos que han sido explorados en el ámbito de la historia intelectual global. Refiriéndose al caso de Japón a fines del s. XIX, Christopher L. Hill señala: “El hecho de que conceptos como civilización viajaran tan rápido, a través de circuitos tan diferentes, que fueren recogidos repetidamente, traducidos y usados por autores sin

---

<sup>72</sup> Además de artículos publicados a inicios de los setenta en el N°77 de *Casa de las Américas*, la formulación clásica de esta reflexión se encuentra en el ensayo de Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al pato Donald*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

reconocer su fuente –si es que conocían la fuente– muestra que los conceptos eran reconocibles en lugares lejanos de su país o región de origen”<sup>73</sup>. Sugiero que en el caso del concepto de subdesarrollo se produce un fenómeno similar, cuya dinámica se circunscribe a un mismo ámbito regional en lo geográfico (América Latina), pero con distintas zonas del campo intelectual involucradas en el proceso de circulación. Habría que explorar todavía las “vulgarizaciones” del concepto en el plano de la prensa periódica y del debate político, pero lo cierto es que el caso de la izquierda cultural demuestra que las ciencias sociales no contaban con un monopolio semántico sobre la noción de subdesarrollo.

Aunque puedan ser juzgadas como poco rigurosas en lo teórico y laxas en sus aplicaciones, las derivas semánticas del concepto de subdesarrollo realizadas por la izquierda cultural fueron un factor relevante a la hora de articular una mirada sobre el subdesarrollo que pudiese ir más allá del espacio estricto definido por las ciencias sociales. Dicho ejercicio puede entenderse como parte de lo que Williams denomina “estructura de sentimiento”: una sensibilidad no decantada ni formalizada de producción simbólica que releva su componente activo, vivido, experiencial y, por tanto, ambivalente<sup>74</sup>. Es la flexibilidad del quehacer intelectual la que permite usar –al mismo tiempo– el término subdesarrollo para caracterizar el modo dependiente de industrialización en países como Argentina (Bambirra, Cardoso y Faletto) y la situación de los intelectuales en países que buscan la revolución (como en el CCH). Fue, en definitiva, la pertenencia a una sensibilidad compartida y a un espectro político –la izquierda– la que posibilitó estas aperturas creativas de lo que, en principio, podría haber permanecido como un término técnico más dentro del léxico científico, pero que terminó signando las aspiraciones de cambio radical de la década de los sesenta.

## Bibliografía

- BAMBIRRA, Vania. *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1978.
- BEIGEL, Fernanda. Vida, muerte y resurrección de las ‘teorías de la dependencia’”, VVAA, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006, 287-326.
- BLANCO, Alejandro. *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- BLANCO, Alejandro. “Ciencias sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva élite intelectual”, Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol. II, Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX, Buenos Aires, Katz, 2008, 606-629.
- BÖDECKER, Hans Erich. *Begriffsgeschichte as the History of Theory. The History of Theory as Begriffsgeschichte*”, Javier Fernández Sebastián (ed.), *Political Concepts and Time. New Approaches to Conceptual History*, Santander, Cantabria University Press/McGraw Hill, 2011, 19-44.
- CARDOSO, Fernando Henrique y FALETTO, Enzo. *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica*, México, Siglo XXI, 1978.
- CÉSAIRE, Aimé. “Cultura nacional, colonialismo, neocolonialismo”, VVAA, *Congreso Cultural de La Habana: Comisión I*, La Habana, COR, 1968, 43.
- DEPESTRE, René. “Carta”, *Casa de las Américas* 45, noviembre-diciembre 1967, 38-41.
- DESNOES, Edmundo. “La pintura cubana: una interpretación”, *Casa de las Américas* 8, septiembre-octubre 1961, 30-45.

<sup>73</sup> Christopher L. Hill, “Conceptual Universalization in the Transnational Nineteenth Century”, Samuel Moyn y Andrew Sartori, *Global Intellectual History*, New York, Columbia University Press, 2013, 144.

<sup>74</sup> Williams, *Marxismo y literatura*, 174-185.

- DESNOES, Edmundo. “La imagen fotográfica del subdesarrollo”, *Casa de las Américas* 34, enero-febrero 1966, 62-80.
- DESNOES, Edmundo. “Las armas secretas”, *Casa de las Américas* 48, mayo-junio 1968, 32-43.
- DESNOES, Edmundo. “Los carteles de la Revolución cubana”, *Casa de las Américas* 51-52, noviembre 1968-febrero 1969, 223-231.
- DORFMAN, Ariel y Armand MATTELART. *Para leer al pato Donald*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto. “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”, *Casa de las Américas* 40, enero-febrero 1967, 4-18.
- FURTADO, Celso. *Desarrollo y subdesarrollo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1971.
- GERBI, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- GERMANI, Gino. *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1969.
- GILMAN, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Dilemas y debates del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.
- GONZÁLEZ PEDRERO, Enrique. “Subdesarrollo y revolución”. *Casa de las Américas* 2 (agosto-septiembre 1960): 49-64.
- GUERRA, Lillian. *Visions of Power in Cuba. Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2012
- GUZMÁN, Gabriel. *El desarrollo latinoamericano y la CEPAL*, Barcelona, Planeta, 1976
- HILL, Christopher L. “Conceptual Universalization in the Transnational Nineteenth Century”, Samuel Moyn y Andrew Sartori, *Global Intellectual History*, New York, Columbia University Press, 2013, 134-158.
- KOSELLECK, Reinhart. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- LEIRIS, Michel. Reflexiones sobre la investigación científica, los estudios sociológicos y la creación artística de la formación de la cultura de un país que sale del subdesarrollo”, VVAA, *Congreso Cultural de La Habana: Comisión V*, La Habana, COR, 1968, 40.
- LIE, Nadia. *Transición y transacción. La revista cubana Casa de las Américas (1960-1976)*, Gaithesburg/Leuven, Hispamérica/Leuven University Press, 1996.
- LÓPEZ HERNÁNDEZ, Alina. *Segundas lecturas. Intelectualidad, política y cultura en la república burguesa*, Matanzas, Ediciones Matanzas, 2013.
- MARAMBIO DE LA FUENTE, Matías. “Cultura de la resistencia y estética del deterioro. Marta Traba y la articulación conceptual de la crítica artística latinoamericana”, *Aisthesis* 57, 2015, 143-164.
- MARCHESI, Aldo. *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los años sesenta a la caída del Muro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.
- MARINI, Ruy Mauro. *Dialéctica de la dependencia*, México, Ediciones ERA, 1973.
- MARTÍNEZ PÉREZ, Liliana. *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba*, México, FLACSO/Miguel Ángel Porrúa, 2006.
- OTERO, Lisandro. “El escritor en la Revolución cubana”, *Casa de las Américas* 36/37, mayo-agosto 1966, 203-209.
- PEDEMONTTE, Rafael. “La guerre froide pour les idées en Amérique latine. Relations politiques et culturelles avec l'Union soviétique: une approche comparative (Cuba-Chili, 1959-1973)”. Tesis de Doctorado en Historia, Université Paris I-Panthéon Sorbonne/Pontificia Universidad Católica de Chile, 2016.
- PETRA, Adriana. *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

- RAMA, Ángel. “Diez problemas para el novelista latinoamericano”, *Casa de las Américas* 26, noviembre-diciembre 1964, 3-43
- RAMA, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1983.
- RODRÍGUEZ RIVERA, Guillermo. *Decirlo todo. Políticas culturales (en la Revolución cubana)*, La Habana, Editorial Ojalá, 2017.
- ROITMAN, Marcos. *Pensar América Latina: el desarrollo de la sociología latinoamericana*, Buenos Aires, CLACSO, 2008.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo. “Ideas estéticas en los manuscritos económico-filosóficos de Marx”, *Casa de las Américas* 13/14, julio-octubre 1962, 3-24.
- SCHWARZ, Roberto. “Dependencia nacional, desplazamiento de ideologías, literatura: Sobre la cultura brasileña del siglo XIX”, *Casa de las Américas* 81, noviembre-diciembre 1973, 118-125.
- SORÁ, Gustavo. *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.
- STAVENHAGEN, Rodolfo. “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, Ángel María Casas Gragea (comp.), *La teoría de dependencia*, Madrid, AGCI/Ministerio de Asuntos Exteriores, 2005, 57-70.
- TRINDADE, Hélio (ed). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XXI, 2007.
- ULIANOVA, Olga (ed). *Redes políticas y militancia: la historia política está de vuelta*, Santiago, Ariadna Ediciones/USACH, 2009
- VALDÉS PAZ, Juan. *La evolución del poder en la Revolución cubana*. Tomo I, México, Rosa Luxemburg Stiftung, 2018.
- VVAA, *Documentos del I Congreso Cultural de La Habana*, La Habana, COR, 1968.
- WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009.
- WILLIAMS, Raymond. *Sociología de la cultura*, Barcelona: Paidós, 1994.
- WILLIAMS, Raymond. “The Bloomsbury Fraction”, *Culture and Materialism. Selected Essays*, London/New York: Verso, 2005, 148-169.